



estudios

Los problemas actuales de la educación

Desde que Spencer —tan *demodé*— escribió a fines del pasado siglo su *A study of Sociology*, los hechos y las actitudes han venido, queramos o no, a darle la razón. La atención a la estructura de la vida social se ha impuesto como básica a cualquier disciplina que podamos considerar. Ni aun los saberes más abstractos escapan a un cierto sociologismo. Las especulaciones más puras de los matemáticos dependen de las posibilidades sociales. El caso de Lysenko construyendo una biología *ad usum* de la sociedad comunista no deja de ser significativo. No podrá, pues, escapar al mencionado sociologismo la problemática pedagógica. Antes al contrario, la Pedagogía está en la misma entraña de la Sociología. De siempre la sociedad ha necesitado algún tipo de institucionalización, alguna manera de transmitir de generación en generación sus modos de vida, sus saberes o sus ideales. Pero al entrar la sociedad humana en la era de los vertiginosos cambios que la caracterizan desde finales del siglo XVIII, han entrado al par en crisis todas sus instituciones y también sus ideales. Es sabido que la llamada revolución industrial —el maquinismo, la economía de empresas y el asalariado— han invadido los modos de vida de la vieja sociedad agraria, predominantemente agraria, que desde el neolítico informó la vida de las sociedades humanas. La invención de la Metalurgia, dos o tres milenios antes de Cristo, fue, es sabido, una gran revolución, pero no puso en crisis la sociedad de tipo familiar y agrario, sino que, más bien, la reforzó. De mayor trascendencia fue la época de los descubrimientos, sobre todo los americanos, pues puso de manifiesto, con una experiencia vivida casi cotidianamente, que las sociedades —como los imperios inca o azteca— podían alterarse y aun desaparecer ante el ímpetu y la voluntad de algunos hombres. Esta idea —la sociedad puede cambiar— fue muy importante, y primero los utopistas y luego la conciencia humana en general vinieron a caer en la cuenta de que no había por qué aceptar como inamovible cualquier orden establecido.

La sociedad, en cambio, ha venido a ser una sociedad en crisis. Es decir, una sociedad puesta en tela de juicio. Y, naturalmente, la educación no va a ser de ahora en adelante la trasmisión de los modos de comportarse ya establecidos, no va a ser ya tradición a secas. El tradicionalismo se funda y apoya en una visión estática de la sociedad, visión incompatible con una sociedad en cambio.

Pero vengamos, una vez recordados estos elementos supuestos de cualquier Filosofía de la Historia,

a un análisis, aunque sea elemental, de la sociedad en cambio, y en su crisis, nacida de la Revolución industrial, en cuyo apogeo vivimos.

Los rasgos que caracterizan, *grosso modo*, nuestra sociedad actual son los siguientes:

A) *Ecumenicidad*.—La sociedad actual es universal. Ya no hay, en general, pueblos aislados. Todos se comunican. Existe la posibilidad real de que unos sepan de otros, de que unos se comuniquen con otros. Los medios de comunicación son poderosos y a la par sencillos de obtener. De uno a otro extremo del globo pueden relacionarse dos radioescuchas. Se puede dar la vuelta al mundo a bordo de un *jet* en pocas horas. El silencio de América, el misterio de África o la extrañeza del Asia han desaparecido. Este hecho gigantesco tiene que producir tarde o temprano una gran solidaridad mundial. Los hombres empiezan a ser materialmente prójimos al estar próximos. Aquel personaje de Eça de Queiroz que pensaba qué ocurriría si pudiera matar un chico cada vez que oprimiera un botón, siempre lo había tenido la conciencia moral por un monstruo, pero... Esos chinos son tan extraños y están tan lejos, se pensaba. Hoy la proximidad real, física, ha dado calor a los juicios morales y hará posible que el amor al prójimo sea algo, en cada momento, concreto.

B) *Sociedad de masas*.—Por otra parte, el gran rebaño humano se ha hecho numerosísimo. Es el problema del *lleno* que ya observó Ortega y Gasset hace treinta años. Los problemas que plantea la numerosidad humana son muchos y arduos. Por lo pronto nuestra vida privada, nuestra sagrada vida privada, está constantemente amenazada. No hay dónde estar solo —ese hacinamiento de las ciudades rusas, ese hormiguero del inmenso suburbio que es China, esos realquilados, 300.000, 400.000 de Madrid— y, sin embargo, la soledad es el mantillo de los más altos impulsos humano. ¿Cómo será respetada nuestra *privacy* que dicen los ingleses, cómo conquistar para la oración, la meditación y el sosiego, la soledad, tan necesaria el hombre? Todos los demás conflictos de la sociedad de masas tal vez los resuelva la técnica. De todos modos, el hecho de la sociedad de masas, hijo del *lleno*, ha agudizado todos los problemas humanos tanto los materiales como los espirituales.

C) *La técnica*.—Aún hay mucha gente que no se ha dado cuenta de las consecuencias que el inmenso desarrollo técnico de nuestra época trae consigo. No tenemos la conciencia despierta ante el peligro que supone la capacidad destructiva de la técnica moderna. Esta imprevisión ante los efectos de una nueva técnica ha ocurrido siempre. Me parece que fue en la batalla del Potomac, durante las guerras de secesión americanas, donde se usaron por primera vez fusiles de repetición. En unos minutos murieron miles de soldados, ante el asombro de sus propios matadores. Y allá en El Garellano, la gentil caballería francesa —inconsciente de las nuevas posibilidades bélicas— cayó diezmada ante el fuego ordenado y seguro de los arcabuceros del Gran Capitán.

Es muy difícil crear, sociológicamente, la conciencia del peligro ante la técnica. Y no es lo menos grave que se utilice ese peligro simplemente como propaganda política.

Acontece, además, que la técnica ha producido tantos bienes, ha dado al hombre de nuestros días tantas satisfacciones, que sobre ella recae necesariamente un juicio laudatorio. La técnica, en efecto, es adorable. No podemos imaginarnos las dificultades de los hombres de otras épocas. Digámoslo sin rebozo: la suma de bienestar y felicidad de nuestro tiempo es incomparablemente mayor a la de cualquier otra época de la Historia. En esto no hay duda. Basta leer el curioso libro del duque de Maura sobre la corte del príncipe don Juan, el hijo malogrado de los Reyes Católicos, muerto, según dicen, por excesos de amor, para darse cuenta de la suciedad, el mal olor y el desaseo con que vivía nada menos que un príncipe real. El gasto más importante, leemos en el mencionado libro, era el de perfumes, jabones y afeites, y no por lujo, sino por necesidad. La pequeña corte de Almazán estaba atacada de toda clase de parásitos y los albañales hedían.

La técnica es un don de Dios, pero hemos dicho que encierra el peligro de su capacidad de destrucción. Y no está dicho en ningún sitio que los seres humanos no pierdan un día el control de sus instintos de conservación. Lo han perdido muchas veces.

Mas no es éste el único peligro de la prodigiosa técnica moderna. El peligro mayor está en el tipo de hombre que produce. La técnica ensorbece al hombre. Ya cree que todo lo puede. Y realmente, ¿dónde poner el límite de su capacidad de conocimiento del mundo físico y, por tanto, a su capacidad ingenieril? Ya observó el gran pensador americano Pierce en su libro *Chance, love and Logic*: "La actividad de pensamiento que nos arrastra es como una operación del Destino". Y "todos los secuaces de la Ciencia están totalmente persuadidos que el proceso de investigación dará solución cierta a cualquier cuestión a que se aplique".

Este avance inmenso y continuo del saber y de la técnica en nuestros días se hace evidente, tangible a cada momento. El hombre es hoy verdaderamente Señor de la Naturaleza. Su poder sobre ella es extraordinario. Nada, pues, es de extrañío que la idea de su Poder le arrebatase y le ensorbera.

LOS PROBLEMAS DE LA TÉCNICA DE LA EDUCACIÓN.

Hemos dicho que la sociedad está en cambio y en crisis. También hemos apuntado que nuestra sociedad actual ha desarrollado enormemente sus valores técnicos. Natural es, pues, que se planteen mil cuestiones concernientes a la educación. Por lo pronto hay dos que sobresalen y llaman la atención. En primer lugar, se requieren instituciones de educación técnica y científica para poder sostener ese inmenso aparato de la ciencia y la técnica modernas. El desfase entre la capacidad que la sociedad tiene, entre sus necesidades en el mencionado orden y la realidad de sus viejas instituciones, es notorio. La misma masa humana, enamorada de los nuevos valo-

res científico-técnicos, demanda en casi todos los países escuelas, talleres, universidades que le ofrezcan un *curriculum* de estudios a tono con esos nuevos valores. En España tenemos clara muestra de ello. Una pequeña opción —latín o matemáticas— en nuestro bachillerato, ha bastado para desequilibrar el porcentaje de alumnos hacia las llamadas ciencias. Todos nuestros adolescentes quisieran ser ingenieros o técnicos de la industria. Y cuando no es la masa son los gobiernos, preocupados, es cierto, de su poder, quienes se afanan en fomentar esta verdadera riada de la juventud hacia las técnicas. Los Estados Unidos o Inglaterra ven con inquietud que los estudiantes soviéticos sean más numerosos en las Escuelas Técnicas que en sus propios países.

La segunda cuestión es más grave desde el punto de vista de los educadores y de los educandos. Es nada menos que un problema de deficiencia. La sociedad agraria no tenía que preocuparse gran cosa del nivel mental del campesinado. Se ha dicho que con un nivel mental de menos de diez años se puede ser un excelente campesino. Ahora bien, la inmensa masa de alumnos que acuden a las Escuelas Técnicas o Universidades, o que pretenden educarse en ellas, no está al nivel mental requerido. Es obra lenta de adaptación, adiestramiento y en último término hay que aceptar el adagio —como verdadero— de que "lo que no da la Naturaleza, Salamanca no lo puede prestar". Tampoco hay suficientes grupos de enseñantes. Todas estas razones, en las que no insistimos porque no es el tema principal que aquí queremos tratar, constituirían la problemática de la educación actual vista desde sus valores científico-técnicos. Dejemos a los dirigentes y a la propia sociedad su solución. Al fin y al cabo la pedagogía es un problema técnico más. No hay por qué desconfiar de su solución. Técnicas científicas, técnicas burocráticas urgen, pero sus problemas son, a su vez, problemas técnicos y están en la gran corriente de nuestra época, tienen en ella un claro sentido que ayuda a su planteamiento y a su solución.

LOS IDEALES DE LA EDUCACIÓN.

Pero los valores técnicos no son los únicos de la sociedad. De un modo u otro la sociedad ha sabido en todo tiempo luchar con la Naturaleza. Con más o menos éxito, es cierto. De un modo u otro también ha sabido estructurar la convivencia humana. Con más o menos justicia, es cierto. De un modo u otro han sabido los hombres evadirse de la urgencia cotidiana y vacar a actividades desinteresadas: arte fiestas. Y siempre la conciencia moral y el sentimiento religioso han ocupado amplias esferas de la preocupación y de la acción humanas. Todo esto se ha reflejado en los que pueden llamarse ideales de la Educación.

Un relativismo histórico estaría pronto a relegar estos ideales a cada tiempo, a aquel en que florecieron. Y esto es verdad en parte al menos. Cuando Jenofonte, aristócrata emigrado de Atenas, cuenta la vida de Ciro el Grande, sobre él proyecta su propio ideal educativo, el de los caballeros atenienses de la

época aristocrática. Lo que ve arruinado en su patria se le antoja vivo en el héroe persa. Es un tipo de caballero que, hay que recordarlo a los distraídos, revivirá en el caballero medieval. Fortaleza física, adiestramiento en las armas —ensayadas en la caza—, respecto a los mayores, lealtad, coraje en el combate, esas son sus virtudes.

Cuando la vida política griega cae ante el ímpetu macedónico y luego ante el romano, unos exquisitos se darán a proponer otro ideal a los griegos —y a los romanos, por supuesto—. Este ideal, el *ideal del sabio*, como lo calificó Gomperz a fines del siglo pasado, es un ideal fundado en el retraimiento, en una cierta fuga del mundo. Sus virtudes son un cierto tipo de ascetismo, que se exagera en los cínicos. Es un ideal difícil de alcanzar porque pide largo y arduo adiestramiento. Hay en él una pasión por la libertad individual que ante la imposibilidad de conseguirla por el Señorío la busca en la indiferencia, en el sometimiento de las pasiones, en la aceptación libre y consciente del Destino. La sociedad de los sabios antiguos fue muchas veces insolidaria del resto de los hombres. Sus virtudes fueron grandes, pero en cierto modo inhumanas.

El Cristianismo recogió toda la tradición ascética del ideal del Sabio, pero la impregnó de amor. La amistad epicúrea, amable y desinteresada —siempre se ha entendido mal el hedonismo antiguo— se potenció divinamente con la caridad cristiana. El ideal del hombre cristiano puso en el primer plano de la vida social una gran solidaridad, pero mantuvo, como los sabios antiguos, la tendencia, implicada en su doctrina teológica, a huir del mundo, de la carne y también del Demonio.

No se trata aquí de hacer un recorrido exhaustivo de los ideales educativos de cada época, pero sí de apuntar que todos ellos han traído al hombre, en ella educados, un logro, una perfección, que no podemos considerar en absoluto como hijo de las circunstancias históricas y sociales.

Se puede aceptar que una técnica arrincone a otra técnica, como la lámpara eléctrica, por ejemplo, a la vela de sebo. Pero la conducta humana, en lo que no depende estrictamente de su hacer técnico-científico, ¿no alcanza modos, maneras de comportamiento, actitudes y gustos que pudiéramos tener por perdurables?

Esta es la cuestión que ahora a mí me preocupa, y sobre la que quiero llamar la atención.

Que el hombre sea un ser histórico no quiere decir que todo lo que le ha pasado sólo viva en él en la forma de pasado. Es verdad que el pasado pasado está, pero, pensamos, ¿no es la historia del hombre una historia en la que va madurando, desarrollando sus posibilidades? Y no solamente el pasado está en el hombre como aquello que hizo posible su presente. No solamente el pasado es la razón vital del presente, sino que toda la vida humana es la tela en la que se entreteje, madurándose o desvaneciéndose, mejorando o empeorando, lo que podemos llamar la naturaleza humana. Eso que yo he llamado los *logros* humanos son los mejores y más altos momentos de lo que el hombre es como posibilidad. En cada logro humano, en cada creación artística, en cada manera de com-

portarse frente al prójimo, en cada técnica de dominio de la naturaleza o en cada manera de abrirse a la Divinidad habrá, indudablemente, mucho de histórico, que con el paso del tiempo se marchitará, perderá su vigencia e incluso su sentido, pero de todo ello a la conciencia vigilante le quedarán formas de arte o de conducta que ha de tener por valederos para todos los tiempos. Si no aceptamos esto, nos sentiremos invadidos por una desaliento tan cruel que hará de nuestra vida una pasión inútil, como ha dicho J. P. Sartre. Esta pasión inútil nos llevará, si tal es nuestro talante, a una actitud religiosa, profunda y desesperadamente religiosa, pero de una religiosidad sin forma definida, abismática, que llegaría, si se apoderara de la mayoría de los seres humanos, a detener la sociedad en formas sin sentido vivo, tibetizadas. Si nuestro temperamento pide acción, el resultado será la acción por la acción, como en el fascismo mussoliniano.

Premítase copiar aquí unas palabras de Federico Fellini, el autor de las famosas películas *La Strada* y *La dolce vita*: “Como tanta gente —ha declarado en el *Sunday Times* del 4 de diciembre de 1960— no tengo religión, y soy pasajero de una barquichuela que arrastra la corriente. Vivo dudoso de mi deber, que es hacer películas lo mejor posible. Pienso que hay dignidad en hacer este trabajo, como en trabajar, ir de caza, ser editor, contemplar cómo pasa la vida, volver a mirarla y luego hacer que los demás la miren. Así van las cosas, pero ¿qué es lo que tenemos que hacer?”

Por ahora estamos desnudos, indefensos y más solos que en tiempo alguno de la Historia. Esperamos algo, tal otro milagro, tal vez a un habitante de Marte, ¿quién sabe?”

Esta sincera confesión de Fellini pone ante los ojos un alma sobrecogida ante el mundo, aun para ella, sin sentido, pero no cerrada a la esperanza. Sin embargo, la frase que se le escapa, “hacer películas lo mejor posible”, revela en él la aceptación de maneras de conducta deseables. A eso nos referimos por lo pronto cuando hablamos de logros humanos. Lo demás de la declaración de Federico Fellini cala en estratos más densos.

Pero si hay valores humanos creados por el hombre que son los logros de su naturaleza terrena, el mundo adquiere sentido, se colorea de vida, corre por él sangre sana.

Voy a poner un ejemplo para concretar estas un poco deshilvanadas reflexiones:

La caballería medieval nació al impulso de la sangre germánica. Heredó modos militares de griegos y romanos. Ya hemos indicado que Jenofonte, en su *Vida de Ciro*, describió ni más ni menos que su ideal educativo, pero éste era precisamente el de los pueblos guerreros de raza aria —persas y germanos están muy próximos en la etnografía— en la época guerrera y agraria de que nacieron los grandes imperios de la antigüedad. La Edad Media revivió aquella cultura agraria, hasta que el comercio, la vida ciudadana, la burguesía, la nueva cultura fueron desmoronándola. Ahora bien, cuando leemos en *Las Partidas* de Alfonso el Sabio que el hidalgo debe ser valiente, etcétera, notamos que requiere por último una virtud

que se nos antoja un *logro*, logro que no hay que olvidar ni perder: el caballero ha de tener *vergüenza*. ¿No es la *vergüenza* una perfección humana válida para cualquier situación? La *lealtad* también es válida para nosotros, aunque no estemos en el estrecho círculo de una corte principesca, cuyo ideal describe Baltasar Castiglione en su *Cortesano*. ¿No es deseable acaso el *sosiego* del hidalgo, que tan bien ha sabido delinear Alfonso Valdecasas en su libro *El Hidalgo*? Mucho se escribe hoy denostando el mundo burgués. Su individualismo extremo nos parece no ya imposible, sino pernicioso, pero la *honradez* del burgués —paralela a la *honrada blusa* de nuestro proletariado— ¿no es deseable? No es que no pueda haber negocios sin seriedad en la firmas, sin la confianza en el crédito, sino que la honradez es un *logro* de la conducta, creemos que válido para siempre.

El propio Marx tuvo que vacilar ante la Historia del Arte. Es difícil relativizar y reducir a la ideología de clase la expresión estética. Los logros del arte son perdurables. Y hasta un arte como el de nuestros días, destructor de las formas tradicionales, se detiene con respeto ante los logros del pasado.

No sé si he acertado a presentar el cuadro en el que surge esta cuestión. Si una sociedad eminentemente dominada por los valores técnicos o científicos se plantea el problema de la educación de las nuevas generaciones ¿hará tabla rasa de esos *logros* en la conducta, que son la honradez, la lealtad, la vergüenza, para sólo referirnos a los ejemplos aducidos? ¿Se va a educar sólo al hombre para técnico?

Nuestra época disuelve lentamente la vida familiar, y lo que Jovellanos llamaba "Sociedad", cuando en su *Diario* —tan poco leído, y cuenta entre lo mejor de nuestra literatura del siglo XVIII— nos describía cómo en sus viajes por España topa en lugares, a veces pequeños, un grupo de personas con quienes habla de arte, de ciencia o de política, es decir, un grupo de personas al nivel de su tiempo, ilustradas, para usar el término adecuado.

Las instituciones educativas son hoy grandes escuelas de aprendizaje técnico. ¿Dónde buscar las instituciones en que el hombre se eduque en esos valores a que hemos aludido? Todo queda al azar del trato humano, del ejemplo y de la amonestación privada. Si las gentes, las gentes mejores por supuesto, no se dan cuenta de esto y si los responsables de la vida pública no respetan la vida privada, dejando un hueco libre en sus exigencias, al silencio, al buen trato

y a la moderación, la sociedad será cada vez más masificada y aquellos *logros palidecerán* y tal vez se pierdan.

La vida superior del hombre es una acumulación de logros, de perfecciones, de aperturas a los valores más altos, pero hoy, que se sabe más historia que nunca, se tiene la experiencia de que más de una vez el hombre ha olvidado lo que alguna vez alcanzó.

Para mí, el problema actual de la educación, el único gran problema es esta posibilidad de olvido, en una sociedad poderosamente tecnificada, maravillosamente señora del mundo de la naturaleza. Ese peligro de que los logros de la sensibilidad, del buen trato, de la conducta honesta y de la soledad en que fructifica la oración, se pierdan arrebatados por los éxitos de los ingenieros, los médicos y los burócratas.

Estaban escritas las líneas que anteceden cuando llega a mis manos el número 2 de la revista *Prospective* y en ella, página 8, la siguiente cita del P. Daniélou, tan acorde con mi actitud: "... quiero ocuparme ahora de la angustia del hombre frente a su propio poder. Pienso en Oppenheimer cuando se dio cuenta de que encarnaba una potencia de muerte cuyas consecuencias pueden ser trágicas. El hombre de la técnica tiene miedo. Su miedo procede de que dispone en la hora actual de medios de poder tales que le dan la capacidad, que nunca estuvo al alcance del hombre en época alguna, de provocar catástrofes cósmicas, de que él sería con toda verosimilitud la causa. Existe hoy un problema de la responsabilidad moral del sabio. No es sólo problema de hoy, por otra parte, Leonardo de Vinci, que era ingeniero, ya rehusó publicar los planos del submarino que había inventado, porque estimaba esencialmente desleal atacáramos a un enemigo que no nos podía ver, sin advertírselo. Esto supone que los valores de la técnica hay que referirlos a un orden de valor que no puede ser más que un cierto absoluto del bien y del mal, un orden moral humano, en función del cual tan sólo la técnica puede tener sentido.

En último término una manera exclusivamente técnica de ver el mundo material mismo la priva de su dimensión sacral. Pues el cosmos no es sólo un conjunto de fuerzas que podemos poner a nuestro servicio. Un universo que fuera el de la pura técnica, sería como un templo abandonado, vacío de una cierta presencia. Ahora bien, lo sagrado, la dimensión religiosa del mundo es algo que el hombre moderno empieza a desear con *sed viva*".

MANUEL CARDENAL IRACHETA.